APRENDIENDO A HABITAR UN NUEVO ***ESPACIO***

Por Daniela Rivero Rivero

Nunca me supe tan parte de ningún lado, como cuando pasé de trasladarme infinitamente de un lugar a otro, a estar contemplando lo que parecía ser el lienzo más finito en el que alguna vez me tocaría estar; lleno de esquinas, de escamas que repentinamente me hicieron sentir como que el cielo se cae. Con ese reflector que ni siquiera alcanza para hacerme sentir dentro de un cenital, incandescente, tan incómodo de utilizar, al grado de descartarlo como opción de iluminación. Un espacio que se cerraba cada vez más, y que hasta ahora no me deja adivinar si fue o es porque, efectivamente, se hizo más pequeño, o yo crecí.

Pasé de sentir lo que sea que signifique opuesto al viento fresco y seco que te impide ver siquiera a través de los cabellos en la cara, y de sentir el escalofrío al salir de tu casa gracias al clima frío (reafirmo, frío de provincia, como le dicen a lo que para mí claramente es ciudad zacatecana), a lo opuesto: Sentir cómo la piel rechaza cada prenda entallada al cuerpo como una misma por las noches, tratando de salir de la pegajosa y pesada sábana, que parece hacerse enorme e interminable. De sentir la suela de los tenis derretirse cual chicle al pavimento mientras el sol regio te recuerda que no son ni las 8 de la mañana, y que tiene planes de seguir dándole puntaje a los centígrados de toda la semana. ¡Como si fuera competencia! Y así, no me quejo, pues ahora lo anhelo tanto.

No me daba cuenta de que toda la prisa que emana la monstruosidad de la ya conocida urbe me permitió llegar a todos lados. Desde la intimidad del limitado movimiento de mi pelvis, que solo basculaba torpemente al reaccionar a lo que hace ya dos años nos dijeron: “contracción”, hasta preguntarme verdaderamente, y ya en modo serio, si Monterrey alguna vez se termina, pues cada que pasaba un puente, sobretodo en la noche, solo alcanzaba a ver más y más… y más, y todavía allá; más luces.

Luego enfoqué de nuevo aquella disociación. Y estaba yo, sintiendo una lámina de frío, polvo, pelo de perro y gato (tal vez también cabellos míos), en la espalda. Diferente en el cuello y en la cintura marcada por las mallas y el leotardo. Era solo mi techo que se descarapelaba por la humedad, cuatro esquinas por pared y un foco de luz blanca que me encandilaba si lo miraba. Era solo yo en el piso quedándome dormida después de las clases en línea. Un video de increíbles tres horas; dos y media del material de la clase, media de una Dani tirada en medio de una sala sin muebles. De mirar aquel video, y quedarme recordando lo que era y lo que fue. De sentir el sudor escurriendo desde las sienes, apresuradas por llegar al piso como caricaturas irónicas que hasta se ríen en el camino de tu concentración por mantener la espalda abierta, la mirada presente, el peso bien distribuido en aquella deliciosa duela barnizada, brillante como los recién limpios espejos un lunes en el aula ocho, nueve, diez… la que fuera menos las otras, donde la competencia de sudor parecía ser para demostrar quién se ahogaba primero. Cuando plantar los pies descalzos en tu lugar (y que los demás se acomoden…), para dejar caer la cabeza, primero de lado, luego del otro; empezar a calentar. Calentar el acalorado cuerpo, porque no es lo mismo.

Escuchar la respiración variada de monitos azules que se alcanzan a ver de reojo mientras cuentas ansiosamente Cuatro-cinco-seis… ¡Y un! A tallarme los ojos cansados de la pantalla.

Eso fue primero, reaccionar un día al tiempo. ¡Ya pasó un año ¡más!

“¡Ah la! Los de quinto bailan bien padre”
“¿En qué semestre vas ya?”

No olvido el calor de recibir los reflectores en la gala. De estar verdaderamente

frustrada porque, no sabía cuál era la diferencia entre querer una luz concentrada o difusa. “¿Quieres ciclo lights?”

De presentar lo que fue nuestra primera coreografía de la carrera en el aula ocho. Con aquel cabello largo y sano pre-cuarentena, del que poco queda gracias al: “No pasa nada, es pandemia, nadie te va a ver”. Y como resultado, más cambios de look en todas y todos que nunca en nuestras vidas. O déjenme mentir. Porque al menos el cambio de colores es característico en mi facultad, y esto tan metafórico o literal como quieran verlo.

Pues entonces, el dilema ya no fue la iluminación del teatro, sino la hora del día en el que la luz era perfecta para grabar. Si hacer de los cortes un arte o dominar una sola toma.

Fue adaptarse una misma a caber en rinconcitos, en pasillos. En un pedacito de cámara que registró cada movimiento precisa y detalladamente; y que una puede seguir reproduciendo tantas veces como la memoria de este aparato lo permita.

“¿En qué momento?”

Videos, videos, videos, videos, videos, videos, videos. ¡Ya!

“Bueno, no fue tan horrible, o sea sí, depende de qué, hubo cosas buenas, malas. Pero ya”

Un peso cada que tratamos de ver el lado positivo, y de explicarle a aquel curioso cómo la estábamos llevando. La carrera más presencial hasta el momento, en línea.

Pero ya en serio, nunca mi cuerpo se sintió tan aliviado de encontrarme a mí misma ahí dentro, sentir que fuera donde fuese, ya era mi espacio. Un espacio que aprendí a habitar, que luché por encontrar fuera del espacio real. Un pedacito de luz de luna, música y una yo que aprendió a disfrutar del movimiento propio sin ojos externos, que, además, descubrió la necesidad de salir, la cual sólo tenía como respuesta entrar.

No fue igual para nadie definitivamente, y ahora existirá para siempre una nueva conversación cuando la cosa se ponga incómoda.

Ya estábamos muy agotadas y agotados de interactuar con una pantalla y fingir que no era difícil. De notar las caras del zoomestre resignadas. Y, sin embargo, descarto este texto como queja, pues hubo anfitriones y anfitrionas que entregaron su disposición a modificarse, a adaptarse y a resistirse como personas que también deseaban lanzar por la ventana la maldita computadora actualizándose por milésima vez para hacernos sentir lo que ser camaleónico significa. Pues si el tiempo exige una botella de plástico para marcar el ritmo, se hace.

Si la realidad obliga a utilizar los electrónicos, pues se toman screenshots de la clase para revisar la colocación sin previo aviso. Se consigue un micrófono, unos audífonos, una capacitación para entender a un aparato al que definitivamente no se le entiende. Se hace.

Si se necesitaba gastar toda la memoria del celular para lograr que revisen los videos de la clase, todo, lo hicieron. En el salón y en la virtualidad, lo hicieron.

Hablar de los obstáculos que existieron me permite apreciar la capacidad de resistir que tuvimos. De entender una forma de aprendizaje muy personal. De encontrar en mí misma, y en los demás la disciplina y la voluntad de adaptarse pese a lo que sea, sin que eso signifique caer en la mediocridad.

Buscar siempre y constantemente crecer, rozar los límites y salir de ahí. De hacer que cualquier espacio se sienta pequeño cada vez. De agradecer las condiciones, y valorar los detalles que luego por las prisas damos por hechos.

“Puede que regresemos”

Siento que nunca nos fuimos. Pero nos tocaba disociar un poco mientras mirábamos un rato la nada, para sacudir de pronto la cabeza, enfocar la mirada y seguir.